

## ASPECTOS DE LA VIDA DIARIA EN CHINA DURANTE LA DINASTIA MING

Diversos aspectos de la vida diaria de China en las postrimerías del siglo xv han quedado recogidos en las páginas de aquellos heroicos misioneros, soldados y gobernantes españoles que, desde el pequeño bastión de Manila, abrían sus ojos a un mundo nuevo y sorprendente, aquel Imperio tan diferente de los que las armas hispanas señorearon en el Nuevo Mundo. A ellos debemos el conocimiento de curiosas costumbres, de formas de vida, que de otro modo se hubieran perdido, tal vez para siempre. También en este punto, como en tantos otros que aparecen plasmados en los escritos de nuestros compatriotas, es de extraordinario valor la observación directa: son insustituibles, por ello, los relatos coincidentes de Martín de Rada y de Miguel de Luarca, así como las palabras maravillosamente sinceras del Padre Alonso Sánchez por no citar sino a los más caracterizados sinólogos de primera hora. Buena prueba de ello son las páginas que siguen.

### *La vivienda*

La arquitectura ordinaria en China era vulgar<sup>1</sup>, aunque había templos suntuosos y palacios magníficos. Las casas, generalmente, eran todas "a una mano", razonables, más galanas que fuertes, y las había pequeñas y grandes. Con la concisión de esta frase nos describe Luarca la monotonía del caserío, su aspecto endeble, y la única diversidad observable en él, que se debía al tamaño, fruto de la condición social de su dueño. Este concepto desfavorable es reiterado una y otra vez por nuestros autores: para Herrera Maldonado los edificios son pobres de traza y sin la apariencia agradable de los de Europa. El Gobernador Sande, y el Padre Sánchez, opinan, por su parte, que las casas "son ruines y chicas y de poco parecer", aunque se suele añadir que las casas de tamaño menor eran las del pueblo común. Más adelante veremos que las casas de los letrados ofrecían otro aspecto.

---

<sup>1</sup> FRANCISCO DE HERRERA MALDONADO, *Epítome historial del Reyno de la China. Muerte de su Reyna, madre de este rey que oy vive, que sucedió a treinta de marzo del año de mil y seiscientos y diecisiete, sacrificios y ceremonias de su entierro, con la descripción de aquel Imperio y la Introducción en él de nuestra Sancta Fe Católica*, Madrid, 1621.

Esta apariencia pobre y monótona quedaba, en parte, paliada por la arboleda que circundaba la vivienda, en su parte exterior. Escalante, por ejemplo, nos dice que las casas tienen "generalmente en las puertas árboles plantados en hilera, con hoja perenne", y añade que ésto cumplía una doble función: la de herosear las calles y la de dar sombra a los edificios, cosa muy necesaria en zonas de temperatura cálida, como las provincias costeras del Sur del Imperio chino. Según la creencia china, esta vegetación se colocaba en las calles y no en los patios de las casas, donde, todo lo más había algunas flores, porque un árbol en el interior de una vivienda hubiera acarreado suerte adversa para la familia que en ella habitase. Como es lógico, escapó a nuestros autores esa diferencia entre China y los países árabes o el Levante español.

Una vez anotado el concepto previo que la vivienda china suscitaba en los españoles, podemos pasar a la descripción de la misma, muy minuciosa, como veremos.

En China se edificaba "sin altos"<sup>2</sup>, tanto en las casas comunes como en las de la gente principal, a causa del calor. Debemos recordar que los misioneros españoles del siglo xvi conocieron tan sólo las áreas costeras de las provincias de Fukien y de Kuantug. La vivienda de dos plantas, efectivamente, era extraña a la mentalidad china. En las aldeas, sin embargo, había casas de labradores ricos y poderosos con altura mayor que la común, e incluso con algunas torres. Algunas terracotas Han nos muestran también ejemplares de edificaciones con más de dos plantas. Pero este tipo de construcción, que acaso cumplía funciones de vigilancia, destacaba sobre las espesas arboledas que normalmente rodeaban el poblado.

La casa estaba construida generalmente de madera. Paleologue<sup>3</sup> escribe: "es difícil determinar las razones por las que los chinos emplean tan raramente la piedra en sus construcciones; no es porque este material sea raro...; tampoco es por la dificultad del transporte, no por los gastos que hubiera exigido...; (ni) por fin en previsión de los temblores de tierra, pues estos fenómenos son mucho menos frecuentes en el continente asiático que en el archipiélago japonés". El ilustre sinólogo francés apunta una explicación: la idea china de que el edificio no debe sobrevivir al que lo construyó.

Hace casi 400 años, también para los españoles constituyó un enigma este tipo de construcción. Herrera Maldonado, con criterio científico, explica que "no labran de piedra generalmente (lo uno

<sup>2</sup> Cf. MARTÍN DE RADA, *Relación de su viaje a China*; ALONSO SÁNCHEZ, *Apuntamientos breves de algunas cosas de la China*; JUAN BOTERO BENES, *Relaciones universales del mundo*, Valladolid, 1603; ALESSANDRO VALIGNANO, *Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales*, Roma, 1944.

<sup>3</sup> M. PALEOLOGUE, *Arte Chino*, pág. 71.

por tener poca), ni de ladrillo, aunque tienen mucho, porque comúnmente edifican las poblaciones en campañas descubiertas, y como la tierra es muy húmeda, antes que hallen firme para los cimientos descubren aguas que les impiden el mucho peso, y así cargan sobre aquellas columnas de madera, que fortalecidas valientemente de vasas de piedra, con poco que cimienten sufren mucho".

La endeble estructura no escapó a los perspicaces ojos de los españoles. Ya hemos visto antes que, según ellos, las casas eran "más galanas que fuertes". Al hablar inmediatamente de la estructura del edificio, insistieron sobre ello; ahora nos limitaremos a decir que todos los autores coinciden en que la vivienda es de "cal y canto", y todo lo más de ladrillo<sup>4</sup>. Otros la definen diciendo que es "de tapia encalada"<sup>5</sup>. En las aldeas, las casas eran pajizas<sup>6</sup>.

El aspecto exterior de la vivienda común era pobre, tan pobre que a juicio de Rada parecía el caserío "casillas de moriscos", ocupando cada una "como catorce pies de calle". Las de los comerciantes, sin embargo, eran más vistosas, por las tiendas, el enlosado, los arcos y la gente. Sólo González de Mendoza, no siempre bien informado, opinaba que las casas comunes "son muy buenas y muy bien edificadas, al modo romano".

Las casas solían estar edificadas "a cuartos", es decir aisladas unas de otras. La razón de este tipo de construcción estribaba, a juicio de Herrera Maldonado, en que "como quedan tan sujetas a fuegos, por ser de madera, no les hacen trabadas, sino en lienços desunidos con patios enmedio, para que si el fuego diere en una no pudiese ofender la del vecino".

La planta representaba un pequeño patio en el centro, en torno al cual se distribuían las habitaciones. Si en la casa había comercio, el frente delantero estaba dividido en dos partes, una de las cuales se destinaba a la tienda. Generalmente no presentaban ventanas al exterior<sup>7</sup>, lo que se explicaba por "ser los chinos celosos y recatados, y así todos los aposentos reciben luz de los patios, jardines o cortijos donde están encerradas con gran recogimiento las mujeres"<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> "Copia de una carta del Padre Martín de Rada, provincial de los Agustinos, al Virrey de Nueva España, en que describe los países de la China". Fechada en Manila a 10 de agosto de 1572. (Archivo General de Indias, Patronato 24, ramo 22).

<sup>5</sup> MIGUEL DE LUARCA, *Relación de su viaje a China*, Filipinas 79, ramo 1, n.º 11. SÁNCHEZ, *Apuntamientos...*, dice que "casi todo es tapiería".

<sup>6</sup> MARCELO RIVADENEYRA, O.F.M., *Historia de las islas del archipiélago filipino y de los Reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón*, Madrid, 1947.

<sup>7</sup> SÁNCHEZ, *Apuntamientos...*; BOTERO, por lo que respecta a las casas de Cantón.

<sup>8</sup> BOTERO BENES, *Relaciones universales del mundo*.

La sala principal ocupaba generalmente toda la fachada, con más anchura que fondo, según las proporciones de 1 y 1/2 por 1. Los demás aposentos, arrimados a esta sala en sus ángulos, (ya por el centro se abría al patio), eran, por el contrario, largos y angostos<sup>9</sup>. Era común que la fachada tuviese tres puertas a la calle: grande la de enmedio, y las colaterales más pequeñas.

En el patio de las casas acomodadas solía haber un pequeño estanque con peces; esta costumbre fue extendiéndose a todo tipo de viviendas. En uno de los lados del patio había "armarios muy pulidos y bien labrados, de la traza de escritorios, y sobre ellos puestos muchos ídolos de su gentilidad de barro o de palo, más o menos curiosos, según la posibilidad de cada uno. En todos los demás quadros y aposentos tienen pinturas y otras curiosidades diversas". Es evidente, en estas palabras de Escalante, la alusión al culto de los antepasados y de los dioses domésticos, propios de la religión popular.

Aunque los textos no lo denominan con esta palabra, es fácil reconocer en la descripción de los diversos elementos del edificio chino el tipo de construcción T'ing al que casi sin variación se ha sujetado la vivencia china a lo largo de la historia.

Sobre cimientos de escaso grosor<sup>10</sup> se levantaban "gruesas columnas de madera ligadas con traveses y tizones que las sustentan firmes"<sup>11</sup>. Estas columnas, según nos dice Rada, eran de madera de pino en las casas comunes; pero serían de maderas preciosas, traídas de las provincias septentrionales del Tonkin y de Siam, en las casas nobles. No habían de ser necesariamente redondas, sino que a veces adoptaban la forma de pilares e iban colocadas, para evitar la desconmoción de la madera por la humedad, sobre basas de piedra. Luarca dice que en algunos casos, —indudablemente las casas de letrados que él vio en Hucheo— los cimientos estaban formados por grandes piedras de cantería; pero, repetimos, ésto no era lo común.

El hueco entre las columnas estaba cubierto por "paredes de cañas bien jaharradas de ambas hazes con que dissimulan ostentosamente la materia de que se forman". También Rada observó el aspecto endeble de las paredes y lo define diciendo que "entre poste y poste hacen tabiques de cañizo tejido, fortalecido con barrotes de palo y embarrados de una parte y otra, y luego encalados". Ambas descripciones coinciden sensiblemente, mostrándonos, a la vez, lo característico de la construcción T'ing. Escalante nos dice que

<sup>9</sup> HERRERA MALDONADO

<sup>10</sup> SÁNCHEZ, *Apuntamientos...*, afirma que las casas de mandarines "son razonables, mas con poco cimiento".

<sup>11</sup> HERRERA MALDONADO.



las casas “por dentro son muy lustrosas y para ver, por estar blanqueadas como una leche, de suerte que parece la tez papel bruñido”. No es desacertado suponer que en algunas casas las paredes estuvieran formadas por papel engrasado, como sucede en Japón. O, tal vez, el papel sólo constituía un revestimiento interior que impedía el paso del calor o la humedad.

Las paredes de las huertas y las exteriores de los edificios eran “tapias encaladas por defuera”.

Las salas emplazadas en torno a los cuatro lados del patio, también por razón de la humedad, estaban levantadas sobre el nivel de la calle, a una altura de tres o cuatro gradas que estaban formadas por losas “muy lindas y grandes”.

El suelo podía estar enladrillado con ladrillo muy pinto, aunque sin cal. También podía estar enlosado con baldosas o con grandes lajas de piedra cuadrada<sup>12</sup>.

Sobre las columnas descansaba el techo, que era, como las columnas o pilares, de madera. A juicio de Sánchez eran “mejores que los de acá, las canales muy anchas, los caballetes muy angostos, y todo encajado y tomado con cal, que casi nunca es menester trastejar”. Se construía a dos aguas, quedando el tejado de la forma que los nuestros<sup>13</sup>. La madera con que se hacía la techumbre era “muy excelente y teñida con aguas damascadas de color de oro, que parecen muy bien”. Esta madera era lisa, muy igual, y bien labrada<sup>14</sup>.

Las tejas estaban hechas “del mismo barro que la porcelana, e iban clavadas. Las que reciben el agua eran anchas y cortas, y las de encima, que cierran las canales, estrechas y largas”. No era preciso retejar en muchos años, porque las tejas no eran porosas como las nuestras, ni ásperas, sino lisas y cálidas, “que no crían inmundicia”<sup>15</sup>. Eran, además, delgadas “como nuestro vidriado tosco”, nos dice Sánchez. Las tejas de los palacios reales eran amarillas, como lo demás de la casa, y su clavazón era de oro o plata.

En el interior del país las casas contaban con un sobrado, y el mayor peso obligaba a aumentar la solidez de la construcción.

La vivienda estaba adornada de “masonerías y brutescos con mil labores y lazos, haciendo costosos ensamblajes”, sin duda para cubrir y disimular la pobreza del material. Escalante nos habla de los remates del tejado, de la parte de la calle, “guarnecidos con muchas galanterías hechas de cal”.

Sorprende que Herrera Maldonado observase la orientación de los edificios. Nuestro autor escribe que los de “elegante inestructura

<sup>12</sup> V. RADA, LUARCÁ y BERNARDINO DE ESCALANTE.

<sup>13</sup> HERRERA MALDONADO.

<sup>14</sup> ESCALANTE, al que sigue MENDOZA.

<sup>15</sup> ESCALANTE.

tienen al Austro las puertas para que el huésped que entrare quede de cara a la pared septentrional forzosamente". Esto era propio de los palacios imperiales, y sin duda Herrera debe referirse a los edificios de los letrados que representaban al emperador<sup>16</sup>. Las casas de la gente principal estaban construidas sobre la misma base de las casas comunes, es decir, poca altura y estructura interior en torno a un patio. Pero diferían en su mayor extensión, que según González de Mendoza era tan grande "como la de una gran aldea". Esta amplitud provenía de la abundancia de patios y jardines, estanques y grandes salas. Los palacios eran abundantes, y aunque no "tan fuertes como los que tenemos en Europa, son de gentil apariencia. Los de los gobernadores y magistrados son donde ellos se esmeraron más en hacerlos grandes, galanos, sumptuosos"<sup>17</sup>. Las habitaciones solían estar levantadas del nivel del patio por tres o cuatro gradas. Los estanques podían alcanzar un cierto tamaño y una bella apariencia "con cerraderos y caminos encima del agua, y mesas muy hermosas de una sola piedra". Aunque pudiera parecer que con estas palabras Rada se refiere a un jardín al uso occidental, añade expresamente que lo vio en un patio de una casa en Tangoa.

Menudean las descripciones particulares de edificios de magistrados en los textos españoles. Por ellas podemos conocer el lujo y magnificencia de los mismos. Como norma general, eran "grandes solares, con plazas delante, grandes portadas, puertas anchas, y muy altas en desproporción. Muchas tienen tres patios con sus portales, mas no con altos"<sup>18</sup>. Las puertas que daban a la calle estaban colocadas en un arco de cantería curiosamente labrado y muy pintado, y encima estaban las armas del rey.

Rada nos relata cómo era la casa del Incuanto (Intzuanton), que él vió con sus propios ojos: "entrando por la puerta, antes de llegar a la sala do él estaba, había dos patios grandes, o por mejor decir, un patio dividido por medio de una puerta y una calle enlosada, y tenía cada patio destos, fuera de la calle o camino que iba a aríz de las paredes, que era muy ancho, otras tres calles al mismo modo, levantadas como una vara del suelo de los patios... Bajados estos patios, estaba un patio o recibimiento enlosado, todo al cual se subía por algunas gradas... Desde este patio se subía por gradas a la sala, que era bien grande". El palacio del Virrey de Soquin, descrito por el Padre Tordesillas (que relata el viaje de Fray Alvaro), presentaba el siguiente aspecto: "Está antes de la primera puerta un patio muy grande cercado de rejas de maderas de más de un

<sup>16</sup> PALEOLOGUE, *Arte Chino*.

<sup>17</sup> JUAN BAUTISTA ROMÁN, *Relación y copia de carta de Mateo Ricci*, (Archivo General de Indias, Filipinas 29).

<sup>18</sup> SÁNCHEZ, *Apuntamientos...*

estado en alto, teñidas de negro y azul, que estando de lejos parecen de hierro. Avía, antes de llegar a donde estaba el virrey, tres puertas, una en derecho de otro; avía de la una a la otra como treynta pasos". Más minuciosa aún es la descripción del palacio del Chumpin que nos ofrece Alonso Sánchez: Tras pasar tres patios, "había (en el tercero) una lonja o andén de losas muy pulidas, desde la entrada hasta la cubierta o como capilla do estaba el mandarín; y ella armada sobre unas columnas negras como de ébano, y el enlosado del suelo muy pulido y liso, y el techo pintado. Tiene esta cuadra tres naves que hacen con las columnas y las paredes; que cortan aquel cuarto frontero del patio, que tomarán dél enmedio para la quadra más del un tercio, y por los lados della y de los demás cuartos del patio ban sus soportales con otras audiencias pequeñas".

Un tipo de arquitectura civil, que llamaba poderosamente la atención de los españoles, despertando su codicia, eran las *torres del tesoro*, sobre las que tantas fábulas corrían entre la población, pues su interior era desconocido aun para los propios chinos. Admirable era la de Cantón, "redonda y muy alta, a modo de pirámide, y que de trecho en trecho va haciendo unos relexes (o taludes), y recojiéndose hasta que remata en una punta". Maldonado, que es quien nos transmite esta noticia, añade en testimonio de veracidad: "dizen que hay dos en est ciudad, llenas de tesoro, pero yo no me acuerdo haber visto más que ésta". Sánchez ("Apuntamientos"), afirma que las había en las cabezas de provincia y en otras ciudades principales. Su descripción es similar a la de Herrera Maldonado: "son redondas, y muy altas, y de hermoso edificio. Son muy altas de abajo, y a buen trecho en alto se retiran adentro, y queda un corredor a la redonda, y a otro trecho hacen otro tanto, y así van subiendo hasta que remata en una pirámide y punta muy alta". Probablemente era también torre del tesoro la descrita en la Carta de las Indias Orientales, y que igualmente menciona Escalante: "En Fucheo los portugueses vieron una torre delante de las casas del Contador mayor del Rey, fabricada sobre cuarenta columnas enteras de más de cuarenta palmos, y doce de ancho cada una". La mencionada carta dice: "las cuales medimos, y abraçándolas dos hombres no tocaba el uno al otro; de largo nos pareció ternían sesenta pies poco más o menos, y es cosa extraña que hombres las pudiesen levantar y poner como están". Y Escalante prosigue diciendo: "el demás edificio (es) de tanta grandeza, suntuosidad y hermosura que les (a los portugueses) puso espanto, pareciéndoles que respecto de aquella, era poco todo lo que podía haber en Europa".

Las posadas y otros alojamientos para viajeros se sujetaban al modelo general de la vivienda, aunque eran de mayor tamaño, con

muchos patios y salas. A Luarda le parecieron "muy buenas, de cantería y ladrillos, aunque sin altos, con muy buenas salas y aposentos".

### *El tocado y el vestido*

Lo primero que despertó el interés del observador español (hasta el punto de que casi todos nuestros autores lo describen), es el peinado. Los chinos llevaban el pelo recogido a la corona "como mujeres escofiadas"<sup>19</sup>. Rada nos describe este peinado tan particular: "retuercen, revuelven y anudan (la cabellera) sobre la coronilla de la cabella, y luego se ponen una escofieta<sup>20</sup> partida y agujereada por medio para detenerla y afirmarla, y luego encima un bonete". El bonete merece una detenida descripción, y volveremos sobre él.

De la estima en que tenían la longitud de su cabellera se desprende el cuidado y tiempo que requería su peinado, especialmente en la gente noble. Rada dice que "tienen buen rato en qué entreteñer cada mañana en componer sus cabellos". Sánchez abunda en esta idea, expresando en forma comparativa: "gastan tanto como una mujer de acá en lavarlo y peinarlo cada mañana".

Según Cobo, el cabello iba clavado con clavos largos de plata o de oro, y de conchas de tortuga. Llevaban los chinos peines encajados en el cabello. Los clavos de plata y otro eran, sin duda, más propios de muchachos.

Antes de entrar en la descripción del bonete, de gran importancia para la determinación de la condición social de la persona, conviene señalar algunas variantes del tocado masculino. Según Escalante, diferenciábanse los no casados en que hacían "crencha en la frente", pero es esta la única vez en que hallamos semejante información en nuestros autores, avalada, sin embargo, por la precisión del escritor santanderino. Los niños o muchachos podían llevar el peinado tachonado de joyas de oro y plata, muy bien labradas "a modo de apretadores". Los bonzos budistas, finalmente, llevaban el pelo corto.

El bonete era, a juicio de los españoles, la más curiosa particularidad del atuendo chino. Su color era siempre negro, y su forma, muy importante, porque adscribía a quien lo llevaba a una u otra categoría social. El común de la gente, por ejemplo, lo usaba redondo y de cerda de caballo; los hidalgos (Rada califica con este

<sup>19</sup> Carta del Gobernador Sande a S. M., Manila, 7 de junio de 1576 (Archivo General de Indias, Filipinas 6, ramo 2); Cobo dice que "lo atan como las mujeres de Castilla, excepto que lo atan en lo alto de la cabeza, y no al colodrillo".

<sup>20</sup> En otros autores leemos redecilla y alvaneguilla. Esta redecilla, no suficientemente diferenciada del bonete en los escritos de nuestros compatriotas, era comúnmente de crin de caballo, que a veces cedía paso a la seda.



nombre a los escalones inferiores de letrados) lo llevaban cuadrado, "como bonetes de clérigos"<sup>21</sup>; si ostentaban luto, el bonete se fabricaba de un lienzo crudo, más basto cuanto más cercano era el parentesco con el difunto.

Los Virreyes, gobernadores, capitanes y ministros de justicia, usaban dos formas de bonete, ambos redondos: en las casas eran a manera de mitra de obispo, de pequeño tamaño, con tiras y labores doradas. El que llevaban en público se levantaba en la mitad trasera "casi un jeme"<sup>22</sup>, e incluso más, y estaba adornado con dos alas u orejas grandes, puestas derechamente a ambos lados. Este bonete era el común a todos los magistrados de la administración provincial. Pero si un letrado entraba a ver a otro de categoría superior, no llevaba bonete, sino sombrero, en señal de respeto.

El del emperador<sup>23</sup> era semejante al de los letrados, pero se diferenciaba en ser cuadrado y en tener las aletas de menor tamaño, y no en los lados, sino en la parte posterior.

Los de los estudiantes eran "a manera de portacartas o cofrecillos muy dorados y pulidos". Los de los bonzos eran como mitras; de las dobles del mismo bonete hacían "como rosas en la parte delantera".

Sorprendía en gran manera a los españoles una costumbre china, que tanto difería de la cortesía española: la de no destocarse en ninguna ocasión, por ninguna razón, y ante ninguna persona. Algunos opinaban que tan sorprendente costumbre se debía a que el respeto quedaba suficientemente expresado por las reverencias y el gesto de las manos. Sea como fuere, abundan en nuestros autores las observaciones sobre el tema.

En cuanto al vestido, la descripción es tan minuciosa, que merece ser detallada en todas y cada una de sus facetas. A nuestros escritores parecían "tan uno el talle como en una religión". Efectivamente, el pueblo chino no ha sentido jamás la necesidad de atender los imperativos de la moda, al contrario que el hombre occidental. Todo en el Imperio, desde la vivienda hasta el traje, ha producido siempre en los europeos la inevitable impresión de monotonía. Desde la fecha de la instauración de la República Popular, esta impresión se ha acentuado de manera obsesiva; pero la uniformidad del atuendo ha sido posiblemente una de las medidas que más rápida y fácilmente ha prendido en la conciencia del pueblo.

<sup>21</sup> Sánchez se limita a decir que "los mercaderes y gente honrada lo traen muy alto y cuadrado, y la gente común bajo y cuadrado. Esta opinión está en desacuerdo evidente con lo expresado por Rada.

<sup>22</sup> Es la distancia entre las puntas de los dedos pulgar e índice, separados ambos lo más posible. Sánchez dice que este bonete era como media mitra, y que las aletas le daban mucha gracia y autoridad.

<sup>23</sup> Rada da autoridad a esta afirmación diciendo que así "lo ha visto pintado en muchas partes".

En el siglo XVI el vestido común se confeccionaba de lienzo de algodón “teñido de azul o prieto” (negro). En ello coinciden Rada y Luarda. Acaso una variante del color prieto sea el morado de que nos habla Sánchez. En algunas ocasiones era de seda, y los Virreyes y altos magistrados lo usaban de damasco, tan largo que llegaba hasta el suelo. El más antiguo de nuestros escritores sobre la China de los Ming, el gallego Pero Díaz, afirmaba que los trajes eran “casi como alemanes”. El color blanco sólo se usaba en los lutos —y entonces el tejido era de inferior calidad—, y en el hábito religioso.

La gente del campo vestía pobremente, con ropa corta más adaptada al trabajo; pero raro era el que no poseía un buen vestido para visitar a los magistrados y amigos.

Debajo de esta vestidura exterior, “abierta, con vuelta y bebederos” (Sánchez), que llegaba hasta la pantorrilla o hasta media pierna, llevaban sayos de manta blanca, de yerba, “que es como el medriñaque de las Islas (Filipinas), porque es fresco”. La gente principal sustituía estos sayos de manta de lana o algodón, por tres o cuatro —cuantos requería la estación—, de seda. Algunos, en su lugar, llevaban una camisa de seda, de malla tan gruesa que podía entrar el dedo por la red, y esta era la vestidura común de los magistrados en casa, durante la estación calurosa.

Las mangas del traje exterior eran grandes y anchas, como las de los “clarísimos de Venecia” (Ricci). Tanto el color como la materia de que se confeccionaba esta ropa procuraba ofrecer aspecto grave y majestuoso, por lo que a los jueces se refiere.

Sobre la cintura, algunos se ponían unas faldas “como las de nuestros sayos de frailes sueltos, de lienzo o seda”. Esto era signo de autoridad. Los calzones eran “al modo antiguo de Castilla”<sup>24</sup>. Las calzas eran muy anchas y se hacían de lana no tejida, sino como fieltro de color negro o blanco. Solíanse vendar las piernas con tiras de lienzo, a fin de que el pie ajustase al zapato, que era de extrema fealdad. A Villalobos parecíale calzado propio de tierra fría, por la unión de calza, vendaje y zapato. Este era tan ancho que de un puntapié podía arrojarle muy lejos; se confeccionaba en seda, si su dueño era de elevada condición social. También se usaban botas y alpargatas de paja.

El conjunto del atuendo, y especialmente el peinado, parecía a los españoles poco varonil. Sánchez lo expresa diciendo que “su vestido toma más de mujeres y religiosas que no de hombres ligeros y desenvueltos ni para cosa de hecho”. Sancho Díaz de Ceballos lo corrobora con las siguientes palabras: “casi parecen clérigos, vestida el alba y la estola, salvo que son los vestidos de diversas

<sup>24</sup> Véase HERRERA MALDONADO. En otras ocasiones se usaban zaragüelles estrechos y largos.

telillas y sedas de colores". Y Cobo, por su parte, afirma: "mirados todo lo que tienen, tienen muchas cosas más de mujeres que de hombres, en las apariencias exteriores digo".

El vestido de los magistrados se diferenciaba del de la gente común. Las descripciones que de él poseemos son abundantes, porque todos los españoles que entraron en el Imperio Chino hubieron de enfrentarse repetidas veces a los diversos letrados de la administración provincial.

Lo más característico era el gorro, formado por un bonete de particular hechura del que salían unas orejas muy anchas; según Herrera Maldonado se hacía de cerda de caballo, y era de color negro. Las aletas (seguimos copiando al citado escritor) eran de figura oval y del tamaño de una mano. Se colocaban tiesas a ambos lados del gorro.

Muy curioso era el cinturón, tan grande y pesado que cuando se ponía de pie, habían de sujetarlo con ambas manos para que no se les cayese. Este cinto tenía la anchura de la palma de la mano, y no llegaba a ceñir la cintura. Estaba "matizado elegantemente de diferentes brutescos", es decir, de adornos de acero, unicornio, palo de águila, oro, plata y jade.

La vestidura exterior, larga y de seda, estaba formada por una toga talar adornada con bordados: flores, animales y aves en los funcionarios civiles; motivos guerreros en los militares. La toga "se duplicaba al pecho, asida a una faja que traen debajo, cogiendo la parte superior debajo del brazo derecho, y la inferior debajo del izquierdo", de manera que la vestidura quedase airosa y desenfadada.

El calzado estaba tachonado de plata si usaban botas o borceguíes. Si llevaban zapatos, eran de seda o "bysino" (un lino muy delicado), con temas florales bordados. Muy característica era la punta, retorcida hacia arriba.

El distintivo del cargo lo constituía un escapulario corto que colgaba de los hombros. Llevaba bordados los emblemas reales, "serpientes (o dragones)", tejidos con hilo de oro. El color de los ropajes de los magistrados difería grandemente del común de la gente, pues el Padre Passio nos dice que el Tutan de Cantón venía "vestido de colorado, y en el borde del vestido muchas campanillas de oro y plata". El Padre Rogerio (Ruggiero) afirma lo mismo del Tutan de Xauquin; no es improbable que se trate de la misma persona. Sánchez observó el mismo color en el primer mandarín que conoció en el puerto de Uto.

El vestido jugaba un importante papel en el ceremonial de las visitas. Todos los escritores españoles coinciden en que ningún chino consentía en visitar o ser visitado si no llevaba sus mejores vestiduras. En caso contrario, el huésped y el visitante no intercam-

biaban palabra hasta que el primero se vestía con su más lucido traje, momento en el cual iniciaban las cortesías.

Complemento indispensable del atuendo era el abanico (ábano o abanillo en nuestros autores), y en muchos casos el quitasol, justificadas ambas prendas por el fuerte calor. Los abanicos eran “muy pulidos”, y al Padre Sánchez le regalaron tres, “muy hermosos, dorados, con chapetas de plata, diciendo que los mirase bien, que eran de mandarín, y muy elegidos”.

El vestido de la mujer difería “poco del ordinario de Europa”, pero sin chapines ni mantos<sup>25</sup>. Fray Juan Cobo dice que “las mujeres tienen el vestido propio que los hombres, las faldas no que lleguen al suelo, sino cuatro o seis dedos más altas que el suelo”. Usaban unos zapatos de cuatro o cinco puntos, feos, a juicio de Lvarco, y retorcidos hacia arriba, pero primorosamente confeccionados, “como las moriscas de Granada”. La gente común vestía de la misma manera, pero con tejidos de baja calidad. No llevaban faldas ni medias, lo que hacía que arrastrasen los pies a causa del excesivo tamaño de los zapatos. Como bien es sabido —y lo observaron los españoles—, la bárbara costumbre de vendar el pie femenino para conseguir su deformación se practicaba tan sólo en las clases altas de la sociedad, no usándose en absoluto entre la población campesina. Tampoco utilizaban este sistema las mujeres de la raza Hakkha, en Fukien.

El tocado era muy distinto del masculino. Según Cobo, el peinado era muy bizarro, porque hacían mil lazos con el cabello, añadiéndose tachones de oro, grandes como rosas muy bien labradas, y guirnalda de seda. Esto, como es lógico, era característico de la gente principal. La mujer no usaba redecilla como el hombre, sino pañuelos de seda. No llevaba anillos, joya desconocida en China, y todos los adornos los concentraban en el pelo.

Hasta los 15 ó 16 años, los niños llevaban un peinado peculiar, que consistía en coger la mitad del pelo hacia arriba, en redondo, según la forma ordinaria. La otra mitad, abierta, con una crencha ancha, cogida detrás de la cabeza de una manera muy vistosa. Era también común que llevasen esta mitad suelta sobre los hombros. Solían usar un bonetillo cogido con un punzón de plata a los caballos.

### *Los nombres*

Fue Herrera Maldonado quien transmitió a Europa, como curiosa novedad, la variación de nombres y apellidos chinos. Más propiamente afirma que no poseían los chinos un nombre propio y determinado. Al apellido propio de cada familia añadía el padre en el

<sup>25</sup> HERRERA MALDONADO.



momento de nacer el niño, un nombre al primogénito, numerándolo a los demás. El sistema de denominar por medio de numerales ordinales era aplicado a todas las hijas. La noticia parecería absurda si no fuera porque ya en nuestro siglo, el gran novelista Lu Hsin designa a muchos de sus personajes con este sistema. Véase, por ejemplo, su narración breve "Mañana", donde figura un Shan-Cuarto; en "Tempestad en una taza de té", aparece un personaje llamado Chao-el-séptimo, y varias mujeres a las que se llamaba con el peso que tuvieron al nacer: Cuñada-Siete-Libras, Cuñada-Ocho-Libras-Una-Onza, etc.

El nombre puesto en el momento del nacimiento duraba hasta el momento en que el niño entraba en la escuela. En ella recibían uno nuevo, que por serles dado en tan temprana edad se denominaba "nombre de juego".

Al casarse, o al emanciparse, recibían su tercer nombre, impuesto "por un magistrado grave, o un caballero grave". Esta nueva designación era la de "letras". El día de su imposición era solemne, pero no por ello el nombre era duradero, pues lo variaban definitivamente cuando alcanzaban "la edad perfecta". Este último nombre, llamado "grande", era el más honrado, y les acompañaba mientras viviesen, excepto si entraban en un monasterio budista, pues entonces el superior les imponía uno nuevo.

Esta costumbre, que ciertamente ha sido más de una vez un problema arduo para los sinólogos, parecía absurda a Herrera Maldonado, y le hacía exclamar: "¿Quién no se ríe de tantas confirmaciones? ¿Quién no admira tal género de locura?"

### *La cortesía*

La cortesía ha sido tradicionalmente una de las notas distintivas del carácter chino que más se han popularizado en Occidente. Pero lo que hoy ha pasado a ser folklore o anécdota pintoresca, a los rudos espíritus del siglo xvi les parecía fatigoso, como claramente expresa Rada.

El chino, es cierto, tenía una marcada inclinación a los "cumplimientos de palabras y comedimientos". Poseemos muchas noticias relativas al saludo: al encontrarse dos personas, fuese cual fuese el grado de amistad que las unía, sin descubrirse metían las manos en las amplias mangas de su vestido, las alzaban y las detenían ante pecho<sup>26</sup>. La explicación de este gesto era, según Mendoza, la siguiente: "significar que se quieren tan estrechamente como están aquellas manos apretadas, y que tal amistad no está solamente en la ceremonia, sino también en el corazón".

<sup>26</sup> V.: VADA. Se saludaban con las palabras *zin, zin*; posiblemente 𠂇 ch'ing.

Cuando querían hacer más cortesías, añadían a lo dicho una reverencia tan profunda que “llegan casi las manos al suelo, y la cabeza más abajo que las rodillas”, y levantándose, vuelven a poner las manos junto al pecho, repitiendo la operación tres o cuatro veces con cada una de las personas que se encuentran.

Si habían de visitar a un superior, extremaban la cortesía, hincándose de rodillas (por eso dice Rada que los que despachaban con los mandarines solían llevar rodilleras acolchadas), y con las manos juntas inclinaban la cabeza hasta dar con la frente en el suelo, manteniéndose en esta postura todo el tiempo que duraba la conversación. Esta cortesía se hacía ante los palacios del Rey o su trono: recibe en nuestros autores el nombre de *sumbaya* o *zoye*. Si era el criado el que había de hacer la cortesía a su amo, se ponía de rodillas, dando tres veces con la frente en el suelo. Esto también se hacía ante los templos, los sacerdotes, los sepulcros, y los entierros imperiales.

Observaban tan cuidadosamente estas ceremonias, que a los sangleyes convertidos al cristianismo les causaba sorpresa ver que los sacerdotes se inclinaban ante el altar sólo con la genuflexión de una rodilla. Desde luego, en la base de todo ello había un claro substrato confuciano, y vagamente lo enunciaba Herrera Maldonado diciendo: “a la urbanidad tienen sus filósofos por la principal virtud de cuantas forman la perfección del hombre, añadiendo que “en ésa, y en la educación acertada de los hijos pueden ejemplarse con los católicos más observantes”.

Particular era el orden seguido en las visitas. El que la efectuada llevaba “un librito muy curioso” en que iba escrito su nombre, la razón de la visita, lo que pedía, y algunos cumplimientos y elogios al anfitrión, todo ello envuelto en una bella funda. Se lo entregaba al portero, quien lo llevaba al dueño de la casa. Una vez obtenida la licencia de éste, entraba el visitante. Si el anfitrión no estaba en la casa, se cumplía con “dejar el librito en ella, y el otro tiene la obligación de restituirle la visita como si la recibiera”. Ya hemos visto anteriormente que ambas personas tenían que vestir sus mejores galas, sin las cuales no se podía iniciar la conversación. Complemento indispensable de la buena educación era el ofrecimiento del té al visitante, al que se hacía sentar de modo que mirase al septentrión, y para este fin, —dice Herrera—, “hay costumbres entre ellos que los edificios de elegante instrutura tengan al Austro las puertas”.

Solían hacerse presentes y regalos, y para ofrecerlos usaban “los mismos libricos que para las visitas”. Sin embargo, no era descortesía rechazar el obsequio, o aceptarlo sólo en parte, “locura —dice Herrera— en que funda Europa grandes enemistades”.

También era costumbre ofrecer como regalo cierta cantidad de dinero, "sin que la poquedad se note ni la muchedumbre afrente".

La conducta observada con los extranjeros distaba mucho de las normas dictadas por la más elemental cortesía. De ello se quejan todos nuestros autores, diciendo que ante el forastero "de cualquier suerte que sea, son todos muy descorteses y malcriados, mayormente la gente baja que es muy zafia, y no tienen en esto ninguna manera de primor".

### *Las comidas*

Los chinos comían tres veces al día, al amanecer, al mediodía y al anochecer. Eran muy dados a los convites, porque "como ricos y no cuidadosos de los sucesos de la otra vida, danse en ésta cuanto pueden a los pasatiempos temporales" (Herrera). Por Rivadeneyra conocemos la existencia de libros que "regulaban los convites a Dios, al Rey y a todos los demás, conforme a la calidad de su estado, y qué platos se les han de servir. Y notan los que han leído este libro que en el prólogo dice que de todos los convites no queda más del gusto de haber comido, y la alabanza de los chocarreros y las murmuración de los ociosos". En la casa de los magnates siempre había plato servido para cualquier forastero. Se ofrecían también convites, que podían durar tres días o más, a los pobres, a los enfermos y a las mujeres embarazadas.

En diversas ocasiones fueron invitados los españoles a un banquete chino. Sus hospitalarios anfitriones eran mandarines de mayor o menor grado, y por eso conocemos las descripciones de lujosas ceremonias, muy alejadas, sin duda, de la triste y pobre realidad de la comida del pueblo.

Formaba a la puerta de la casa, para recibir al invitado, la gente de guardia, que le rendía honores. Hacían sonar sus "atambores y músicas", y presentaban las armas. Salía, entonces, el mandarín a cuyo cargo corría el convite hasta más allá de la mitad del patio, donde recibía al huésped sin ninguna ceremonia. Juntos iban hasta una pequeña habitación situada ante la sala del convite, donde se efectuaban las corteses inclinaciones a la usanza china. En aquel recibidor se servía el té (Rada sólo dice "agua caliente"). Repitiéndose las cortesías pasaban unos y otros a la sala del convite, donde se llevaba a cada invitado al lugar que le había sido asignado.

La disposición de los comensales en la sala era particular. Las mesas se colocaban en círculo, dejando un amplio espacio en medio, habilitado para representaciones teatrales y circenses. Según dice Rada, en la cabecera de la sala se sentaban el invitado o invitados principales. Los demás comensales se colocaban según su orden de importancia en la misión comercial o diplomática que les había

llevado al Imperio. Los anfitriones ocupan puestos junto a la puerta de la sala, siempre frente a los invitados de honor. A los esclavos de los invitados se les servía en otro aposento.

En los convites, cada persona tenía mesa independiente. Si el banquete era solemne, el número de mesas aumentaba: a Martín de Rada y a Jerónimo Marín, les asignaron siete, cinco a Luarca y Dueñas, y tres a los demás españoles que formaban en la comitiva.

Acostumbrados a las primitivas y salvajes costumbres de los indios de América o de los filipinos, sorprendía a los españoles que los chinos comiesen sentados. Las mesas eran "galanas y vistosas, doradas y pintadas de volaterías y bosqueje y de otros brutescos alegres a la vista" (Herrera Maldonado). En su parte delantera tenían un frontal de seda que "a fuer de nuestros altares, llega al suelo". No usaban manteles ni servilletas, pues al comer con palillos no tocaban la comida con las manos.

La mesa poseía en sus esquinas "canastillos curiosos, fruteros de plata o de hilo de oro, llenos de flores o de mil curiosidades de azúcar y mazapán, animales, peces, flores, aves y sabandijas, dorados y coloridos". Luarca describe estos adornos más vagamente: "entre la comida había muchas frutas hechas castilletes, y muchas cosas de azúcar llenas de arroz, y ollas, y pájaros, todos de azúcar". En esta mesa se servía la comida guisada y condimentada, y en las demás se colocaban viandas crudas: "capones, ansares muertos y pelados, y vasos de pasteles y pastas de vaca, y buenos jamones" (Luarca). De la siguiente frase del mismo autor: "aquello no se tocaba, si no era a la fruta", parece desprenderse que había en las mesas accesorias los mismos adornos que en la mesa principal. Rada afirma que todas estaban absolutamente llenas de comida, y que cumplían una misión de fausto y grandeza. A la comida citada por su compañero de expedición añade "pernils de tocino enteros, y otras postas de puerco frescas, pedazos de ternera, pescados de muchos géneros, gran suma de frutas de todas maneras, alcarrazas y tazuelas elegantes y otros brinquiños...". Es necesario observar que Rada poseía ante sí siete mesas, como invitado principal, en tanto que Luarca sólo tenía cinco.

La comida, pues, era abundante, hasta el punto de que se contaban alguna vez "más de ciento cincuenta manjares juntos en la mesa". El servicio se hacía "con mucho concierto", y las viandas colocadas en las mesas accesorias se reservaban para llevarlas, una vez finalizado el banquete, a la casa donde residía el huésped.

Los chinos, como es bien sabido, usaban palillos para comer; esta costumbre causaba extrañeza a los españoles: "están tan diestros que por pequeña cosa que sea la toman con ellos y la pasan a la boca, aunque redonda como ciruelas y otras frutas". Herrera extremaba su admiración diciendo que "son tan hábiles que pue-



den coger con ellos un grano de arroz sólo". Nuestros autores los denominan *fajes*<sup>27</sup>, y los definen como "palitos muy pulidos". Sánchez dice que se hacían de marfil o de ébano engastado en plata, aunque es de suponer que también entonces, como ahora, los había de bambú o de otras materias menos preciosas. Rada contradice la opinión general de los demás autores, según la cual el uso de los palillos suponía limpieza; la expresiva frase del agustino merece ser copiada: "el arroz cocido también lo comen con los palillos, aunque algo puercamente".

El juicio que a los chinos inspiraba el modo de comer de los españoles, también es interesante, y no era precisamente favorable: "cuandc vieron los primeros cristianos, tenían por gran suciedad que comiesen con las manos, y hacían grandes ascos de ver tocar con ellos la vianda" (Herrera). Esta expresiva frase basta para explicar el contacto entre dos culturas...

El resto del servicio se componía de unas tazas para el vino. Su pequeño tamaño queda expresado en las siguientes palabras: "tazuelas"; "no son tazas grandes, sino como salserillas"; "ochavenas"; porcelanitas como medio huevo". Estas tacitas se cogían con ambas manos. La vajilla era de porcelana o de plata.

Pero pasemos al desarrollo de la comida. Como hemos visto, en la mesa central de las varias que se asignaban a cada comensal se ponía la comida condimentada. Se servían "muchos platos y porcelanas juntas en una *fateja* (¿?), que es una tablilla menor que el bufete, guarnecida a la redonda, barnizada y dorada, con muchas pinturas". Se dada al invitado "una cédula de lo que se nos había de dar en el convite", esto es, algo semejante a la carta de nuestros actuales banquetes.

La cortesía se extremaba a la hora de iniciar el banquete, y en el instante de beber. El anfitrión y el invitado porfiaban largamente, cediéndose mutuamente el honor del comienzo.

Pocas noticias nos han transmitido nuestros autores acerca de los manjares usuales. El primero, naturalmente, era el arroz guisado (cocido sin sal), que sigue siendo la base principal de la alimentación en toda el Asia Oriental. Se tomaba en unas escudillas, de las que consumían tres o cuatro en cada comida. Sánchez, siempre observador, distinguía entre el área del arroz, —el Sur—, y la del trigo, —la tierra adentro—. El pan de trigo se conocía, pero Rada afirma que no lo comían, "si no es por fruta". Sánchez, sin embargo, encomia su bajo precio, y añade que con harina de trigo se hacían también "bollos huecos, empanadas y pasteles de muchas maneras",

<sup>27</sup> K'uài tzi 餃子. La palabra *faje* empleada por nuestros autores deriva del cantonés *fai-tse*. Todavía EDUARDO TOBA, en *La vida en el Celeste Imperio*, pág. 21, los llama *fai-chi*.

y cierta fruta de sartén que se vendía por las calles en anchos tableros de madera.

Dado el uso general de los palillos, se comprende que la comida había de servirse desmenuzada. Consistía, comúnmente, en "gallina, puerco y pescado". El dato es poco explícito, y tampoco añaden mucho las siguientes referencias: "aunque la mesa está llena de comidas, nunca cesan de subir potajes y guisadillos", y también "en sus comidas no son muy carniceros, antes su más continua comida por lo que anduvimos es pescado, huevos, verduras, potajuelos y frutas" (Rada); la apreciación, empero, no es exacta, porque el chino consumía mucha carne de gallina, de pato y otras aves de agua, de vaca, de puerco, y en menor cantidad de búfalo. La hortaliza más común, y la más usada por el pueblo, eran los rábanos, que se comían en vinagre o salmuera, tanto el tubérculo como las hojas. El rábano chino era "menor y menos picante que el de Castilla, pero más comestible y agradable al gusto; su color es como de nabos, y en la olla suplen a los españoles por ellos". Era muy abundante el cohombro, así como la mostaza.

Por suerte poseemos una curiosa e interesante descripción de uno de los manjares que más sorpresa ha causado a Occidente: los nidos de golondrina. "Otro pájaro, o por mejor decir pajarillo, pues su tamaño es el de una golondrina, hay en algunas partes de estas islas (Filipinas), principalmente Calamianes y Joloes, también marítimo, llamado salangán. Hace sus nidos, pequeños como él, en algunas cuevas y peñascos de la orilla del mar, pegados a la Peña como la golondrina los pega a la pared. Lo particular y raro de este pajarillo no está en él ni en sus huevos, sino en el nido, que es pequeño, labrado y tejido a modo de red, de los hilos de cierta materia blanca de color de masa de harina, que hasta hoy no se sabe cuál sea; debe de ser alguna hierba o junquillo de mar, que sazonado con la humedad del pico de estas avejillas, y curado al aire, y salpicado con las aguas del mar se pone de aquel color, y de tal calidad que sabe bien al gusto, y es mantenimiento de gran sustancia para el reparo del calor natural. Y así se buscan y cogen con mucho cuidado estos nidos, y lavados se guisan, y guisados parecen propiamente como fideos. Cómpralos a subido precio los chinos para llevarlos a su tierra, donde en partes dicen pesan a oro para presentarlos a sus mayores mandarines: tan acreditada está entre ellos la virtud de fomentar el calor vital para reparo de viejos y flacos. En la ciudad de Macan (Macao) no debe de ser tan raro este manjar, pues lo usan en los banquetes. Son innumerables sus isleos, y tendrán más abundancia de estos pajarillos y sus nidos"<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> FRANCISCO COLIN, S.J., *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús, fundación y progresos de su provincia en las*

El aceite no se hacía de oliva, sino de otras variadas sustancias: había gran abundancia de él, tanto para usos culinarios como para quemar, y era de buena calidad.

El vino se fabricaba principalmente de arroz, y en menor escala de *li-chi* o de uvas<sup>29</sup>, y de otras diversas frutas. Ricci afirmaba que el de uvas era poco común, “acaso por no saberlo hacer, o por haber pocas”; le suplía el fabricado con *li-chi*. Aunque reconocían que el vino de China era de buena calidad, —“pasadero y sano”—, nuestros autores señalan con legítimo orgullo la superioridad del castellano, y añaden que los chinos “lo beben bien si se lo dan, pero nunca lo compran”. Era de varias clases: predominaba el blanco como agua, pero tan fuerte que no se podía beber (tal vez se trataba de una variedad de aguardiente); otro, rubio y suave, se llamaba vino de mandarán, y estaba hecho de arroz.

Lo bebían, como antes hemos visto, en tacitas de porcelana, y siempre caliente. A los españoles, sin embargo, se lo servían frío. Como las tazas eran de pequeño tamaño, algunos autores sacaron la conclusión de que el pueblo chino era moderado en la bebida; pero otros, más perspicaces, no dejaron de observar cuántas veces agotaban el contenido de las tazas, de tal manera que “beben tanto que quedan satisfechos”. Era muy barato, ya que “por pobre que uno sea, con dos cuatrines de vino, beben suficientemente todo el día”. El agua, en cambio, era poco usada.

Las frutas abundaban extraordinariamente. En su mayor parte eran como las de España, pero “si alguna falta, parece que les dio luego la naturaleza otra, que si no es la misma especie es otra equivalente, que no sabe la persona conocer cuál es mejor”. Especial admiración produce a nuestros compatriotas el *Li-chi*<sup>30</sup>, denominado por los escritores lequia, lechia, o con el propio nombre chino. Su delicioso sabor justifica los encendidos elogios de quienes lo han probado. Baste, como muestra, el que dedica Herrera Maldonado: “graciosa es una suerte de ciruelas que llaman lequias, porque demás de ser sabrosas, nunca causan hastía, ni hacen daño aunque de ellas se coman muchas”. El mismo Herrera cita las naranjas, que ya probó y alabó Alonso Sánchez, distinguiendo en ellas tres cla-

*Islas Filipinas*, obra anotada por el P. Pablo Pastells. Barcelona, 1900, pág. 79 del tomo II. Se trata de la *hirundo esculenta* o salangana. En chino se llama a esta ave *Yèn tzu*, 燕子; en dialecto de Amoy y Fukien, *Ièn*, o más propiamente *I<sup>2</sup>*. El nido comestible se denomina 燕窩, *ìen-o*. La última palabra (-o, y en pekinés *wō*), significa nido.

<sup>29</sup> La palabra vino se traduce al chino por 葡萄酒, *pú taó jiōu* (pó-tò chiu en forma dialectal), que significa “bebida de uvas”.

<sup>30</sup> El *lichí* es el fruto del *Nephelium Litchi*. En pekinés, *li chī*, 荔枝. En cantonés, *lê chi*.

ses: "unas con la dulzura que el azúcar, otras un poco menos dulces, y las terceras más agrias"<sup>31</sup>.

Muy digno de mención es el Té, y su descripción en nuestros autores. Posiblemente los primeros elogios a la infusión que ha conquistado el mundo se encuentren en los documentos que estudiamos. Desde primera hora se le conoce con el nombre de *Cha*

derivado del término chino 茶 (ch'á, en pequínés)<sup>32</sup>. Los primeros españoles que lo probaron —o al menos los primeros que nos han dejado testimonio de ello—, fueron Martín de Rada y sus compañeros de expedición. Según confesión propia, al principio no les sabía bien, pero luego, acostumbrados a él, lo aceptaban gustosamente. Rada lo define como "agua cocida con ciertas hierbas algo amargas, y dentro del agua un bocado de conserva"; y Alonso Sánchez escribe de él: "es un hierba muy estimada que se vende por libras seca, con que cuecen el agua que queda amarilla y un poco amarga, pero es muy pectoral y de sustento. Tiénenla siempre en casa caliente, y la mayor amistad que hacen al huésped es beber con él en tazas de plata, con una cucharita para sacar tres o cuatro ciruelas pasas que vienen cocidas en el agua dentro de las tazas, y en este convite hacen grandes salvas y grandes porfias con las tazas sobre cuál ha de beber antes".

La comida solía durar dos o tres horas, o aún varios días en banquetes excepcionales. El anfitrión no podía levantarse de la mesa mientras el invitado siguiese comiendo, y era de buen tono insistir para que probase uno o dos platos más. Una vez concluida la comida, los criados del anfitrión recogían en cestos todos los manjares colocados en las mesas accesorias, y los llevaban al aposento o vivienda del huésped.

Durante la comida actuaba ininterrumpidamente una orquesta de "tamborettes y sonajas, rabeles y vihuelas de arco grandes" (Rada). En el espacio circular que había entre las mesas actuaban comediantes y saltimbanquis; uno que vieron Rada y Luarda "hacia hermosas vueltas así en un palo como en el suelo". También había cantores "y mujeres truhanas que entretienen con música y gracejo", nos dice Herrera. Eran corrientes los espectáculos con perros y monos amaestrados, así como interrumpir la comida con unos "juegos de pedrezuelas como pares y nones".

## Teruel

CARLOS-LUIS DE LA VEGA Y DE LUQUE

<sup>31</sup> Las clases de naranjas cultivadas en China han sido magistralmente descritas por Han Yen-chen en su *Kiu Lu o Tratado de las Naranjas*, publicado por L. G. Guijarro en "Estudios Geográficos", agosto de 1943. Por este tratado podemos ver que las clases de naranjas pueden ser reducidas, por su sabor, a las citadas por Herrera.

<sup>32</sup> El té se conoce científicamente con el nombre *Camellia Theifera*; en dialecto de Fukien se denomina *Tê*, de donde deriva la palabra española y de otras lenguas europeas, así como del malayo. Han recogido el término *chá*, Portugal, Grecia, Rusia, Japón, India e Indochina.